

# LAS VOCES DE LA RECONCILIACIÓN

---

Edición Hernán Larraín F. y Ricardo Núñez M.  
Coordinación Joaquín Castillo V.





# LAS VOCES DE LA RECONCILIACIÓN



**instituto  
de estudios  
de la sociedad**

## **LAS VOCES DE LA RECONCILIACIÓN**

Hernán Larraín Fernández y Ricardo Núñez Muñoz (Editores)

Joaquín Castillo Vial (Coordinador)

- © Instituto de Estudios de la Sociedad, 2013
- © Ricardo Núñez, Hernán Larraín, Joaquín Castillo, Sebastián Piñera, Patricio Aylwin, Eduardo Frei, Ricardo Lagos, Soledad Alvear, Jorge Burgos, Camilo Escalona, Lily Pérez, Sergio Romero, Miguel Luis Amunátegui Monckeberg, Ricardo Brodsky, Lorena Fries, Carmen Hertz, José Zalaquett, Fernando Atria, José Joaquín Brunner, Francisco Claro, Alejandro Goic Goic, Fernando Monckeberg, Ernesto Ottone, Julio Retamal Favereau, Héctor Soto, Juan Emilio Cheyre, Cristián Contreras Villarroel, Fernando Montes, Sergio Bitar, Mauricio Rojas, Miguel Ángel Solar, Gabriel Boric, Max Colodro, Daniel Mansuy, José Andrés Murillo, Jorge Navarrete, Pablo Ortúzar, Francisco Urbina.

Director colección Temas actuales: Daniel Mansuy Huerta

ISBN:

Tapa rústica: 978-956-8639-19-8

Tapa dura: 978-956-8639-20-4

Primera edición: agosto 2013

Instituto de Estudios de la Sociedad

Dirección de Publicaciones

Teléfonos (56-2) 2321 7792 / 99

Nuestra Señora de los Ángeles 175

Las Condes, Santiago

Chile

[www.ieschile.cl](http://www.ieschile.cl)

Diseño interior: Elena Manríquez D.

Diseño portada: Francisca Ibieta y Diego Castillo V.

Impresión: Andros Impresores

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida, mediante cualquier sistema—electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de recuperación o de almacenamiento de información— sin la expresa autorización del Instituto de Estudios de la Sociedad.

# LAS VOCES DE LA RECONCILIACIÓN

Hernán Larraín Fernández,  
Ricardo Núñez Muñoz (Editores)

Joaquín Castillo Vial (Coordinador)



# ÍNDICE

Presentación	Joaquín Castillo Vial	11
Prólogo	Hernán Larraín F. y Ricardo Núñez M.	15

## LAS VOCES DE LOS PRESIDENTES

Por un Chile reconciliado y en paz	Sebastián Piñera E.	25
El desafío de mirar al futuro	Patricio Aylwin Azócar	35
Reconciliación nacional	Eduardo Frei Ruiz-Tagle	41
25 años después. Notas para una difícil reconciliación	Ricardo Lagos Escobar	49

## LAS VOCES DE LA POLÍTICA

Chile. Los caminos hacia la reconciliación	Soledad Alvear Valenzuela	61
Reconciliación	Jorge Burgos Varela	71
La reconciliación en Chile	Camilo Escalona Medina	77
Aprender del pasado: el camino hacia la reconciliación	Lily Pérez San Martín	81
Una reconciliación con sentido de futuro	Sergio Romero Pizarro	91

**VOCES DESDE EL MUNDO DE LOS DERECHOS HUMANOS**

¿Qué nos falta para reconciliarnos?	Miguel L. Amunátegui Monckeberg	101
Vivimos juntos, con nuestras heridas	Ricardo Brodsky	105
Verdad, justicia y reparación	Lorena Fries Monleón	113
Reconstrucción de la convivencia nacional	Carmen Hertz	123
Reconciliación nacional como meta última de la reconstrucción política y moral de un país	José Zalaquett Daher	133

**VOCES ACADÉMICAS**

Reconciliación y reconstitución	Fernando Atria Lemaitre	145
La reconciliación como objeto de disputa	José Joaquín Brunner	159
La difícil reconciliación	Francisco Claro	171
Perdonar lo imperdonable	Alejandro Goic G.	175
Pero, ¿es posible la reconciliación?	Fernando Monckeberg B.	181
Reflexiones sobre una experiencia particular	Ernesto Ottone	191
Chile y la reconciliación	Julio Retamal Favereau	201
Siete observaciones sobre la reconciliación	Héctor Soto	211

**VOCES INSTITUCIONALES**

La reconciliación: una tarea inconclusa	Juan Emilio Cheyre E.	219
La actuación eclesial de la reconciliación	Mons. Cristián Contreras Villarroel	229
¿Es Chile un país reconciliado?	Fernando Montes S.J.	239

## VOCES DESDE EL EXILIO

¿Reconciliación o convivencia?	Sergio Bitar	253
La verdadera reconciliación aún no ha comenzado	Mauricio Rojas	263
40 años no es nada	Miguel Ángel Solar Silva	273

## NUEVAS VOCES

La reconciliación como legitimación del nuevo orden	Gabriel Boric	285
Chile post binominal	Max Colodro	291
La pena de los domingos	Daniel Mansuy	299
Reconciliación, perdón, y reconstrucción de la confianza	José Andrés Murillo U.	307
Una reconciliación personal	Jorge Navarrete P.	317
Violencia, mito y reconciliación	Pablo Ortúzar Madrid	327
Reconciliación: la deuda de la transición	Francisco Javier Urbina	341



## PRESENTACIÓN

# EL DESAFÍO DE LA RECONCILIACIÓN NACIONAL

Joaquín Castillo Vial

Reflexionar en torno a la historia reciente de nuestro país es una tarea necesaria. Estamos próximos a cumplir cuarenta años del 11 de septiembre de 1973 y esta fecha sigue abriendo una brecha entre nosotros. Por lo mismo, profundizar en los desafíos pendientes en materia de la reconciliación nacional es imprescindible. Si entendemos ésta como la reconstrucción de los lazos sociopolíticos que la violencia había destruido, es innegable que durante la transición hubo esfuerzos y logros que nadie podría de buena fe ignorar. Con todo, puede pensarse que dicha tarea está lejos de haberse terminado: nuestras diferencias políticas y sociales, a ratos, parecen traer de vuelta el fantasma de nuestras enemistades pasadas, y eso indica que todavía nos queda un camino por recorrer.

Si bien el desarrollo económico, el funcionamiento democrático y el orden institucional suelen mostrar que la tarea se logró con relativo éxito, hay que distinguir los procesos: la transición alcanzó sus objetivos y nos legó un Chile democrático, pero el triunfo del proceso de reconciliación está lejos de ser igualmente nítido. Es evidente que tenemos una deuda para con el tratamiento de nuestro pasado: la reconciliación se olvida fácilmente cuando se tocan ciertas teclas sensibles. Y vuelven a surgir los espectros de la desconfianza y de la caricatura, de la violencia y del odio, al punto que no falta quien alerte sobre el riesgo latente de tirar por la borda el trabajo de muchos años.

En este contexto, el objetivo de *Las voces de la reconciliación* fue convocar a los principales actores políticos e intelectuales que participaron activamente en la historia reciente de Chile o a quienes, no alcanzando a participar en ella por un asunto generacional, hayan aportado con sus reflexiones a comprender mejor los períodos que han rodeado la división de los años '70 y '80. También quisimos dar espacio a algunos líderes de opinión que, no siendo parte activa

de la vida sociopolítica de la transición, han podido, desde su experiencia y a partir de sus propias reflexiones, ofrecer algunas luces acerca de la manera en que hemos recorrido este camino de recuperación de la confianza mutua y restablecimiento de la amistad cívica.

Este volumen se gestó gracias al ex senador Ricardo Núñez y al senador Hernán Larraín, quienes condujeron este proyecto de manera entusiasta. Ambos han compartido una participación en la primera línea de la política nacional –tanto en el Senado como en sus respectivos partidos políticos– junto con un trabajo intelectual que sustenta y profundiza su actuar. Ambos han escrito y publicado acerca de los alcances que tienen las ideologías en una sociedad en conflicto, han dedicado una vida de servicio público a cuidar la democracia y han observado con atención nuestro pasado –muchas veces con autocrítica y asumiendo los errores cometidos– para que la construcción del futuro no ignore el aprendizaje que nos ofrece nuestra historia.

Durante este proceso nos enfrentamos a un desafío múltiple, el cual no se acaba con la publicación de este volumen, sino que se proyecta hacia el futuro. Por un lado, hubo que evaluar críticamente un período en el que primaron las buenas intenciones, pero donde lo realizado no siempre estuvo a la altura que las circunstancias necesitaban. Por lo mismo, se solicitó a los autores que reconocieran cuáles habían sido sus propios errores, y que valoraran los aportes de quienes habían sido sus adversarios políticos. Se quisieron dejar atrás las culpas y la violencia para centrarse en los aprendizajes de las últimas décadas. Y, como dan cuenta varias de las reflexiones aquí reunidas, es indudable que enseñanzas no nos han faltado. Hoy sabemos que los derechos humanos son un patrimonio de todos y que deben respetarse siempre, sin utilizarlos como bandera partidaria ni relativizarlos bajo ninguna circunstancia. Sabemos que la democracia, aunque imperfecta, es el mejor sistema de gobierno al que podemos aspirar, y que exige la adhesión a ciertos principios fundamentales. Ella permite avanzar lentamente hacia los objetivos propuestos, con disciplina, orden y virtud. Por lo mismo, no da lo mismo quiénes se dediquen a la política.

Sabemos también que no podemos ser prisioneros del pasado ni olvidarlo sin más. Debemos aprender de la historia, ya que es el mejor camino para comprender que las ideas que defendemos pueden tener consecuencias

insospechadas. Los episodios dolorosos de nuestro propio pasado nos enseñan qué cosas hay que cuidar de manera especial y cuáles son las barreras de respeto, reconocimiento y diálogo que siempre se deben defender. Sobre todo, hemos aprendido que la reconciliación no se construye desde el olvido u obviando las dificultades, sino que es un trabajo cotidiano, cuyo resultado siempre es frágil. Ella se alcanzará solo si se dejan de lado las lógicas beligerantes y se avanza hacia una unidad nacional en donde nunca más nadie quiera prescindir de otros por el sólo hecho de pensar distinto.

Probablemente el mayor logro de *Las voces de la reconciliación* sea volver los ojos de manera crítica y reflexiva sobre un proceso que es necesario observar una vez más, especialmente en este año de elecciones presidenciales, que exige de modo particular cuidar las formas de nuestra vida pública. Así, sacando a la luz las mejores versiones de nosotros mismos, podremos seguir avanzando en este largo camino de reconciliación.

Antes de terminar quisiera agradecer a todos los que hicieron posible la gestión de este volumen. En primer lugar, a Ricardo Núñez y Hernán Larraín, quienes desde un principio aceptaron la invitación del IES e hicieron suyo el proyecto. En segundo lugar, a todos los autores que amablemente aceptaron la invitación a escribir, a pesar de la falta de tiempo y de la dificultad de emprender una reflexión en estas materias. Por último, quisiera agradecer a todos quienes, de una u otra manera, ayudaron a gestionar las invitaciones, aportaron con ideas para el proyecto o conversaron muchas veces con nosotros para mejorar variados aspectos de difícil solución, propios de una empresa como esta: a Daniela Lazo, Ignacio Rivadeneira, Mariana Aylwin, Eugenio Fredes, Rodrigo O'Ryan, Clara Budnik, Cecilia Herrera, Lorna Gutiérrez, Claudia Cortés, Héctor Ruiz, Claudio Rojas y Alejandro San Francisco. De manera especial, a todo el equipo del IES y su directorio, quienes ayudaron a que este proyecto llegara a buen término: Christel Lindhorst, Catalina Siles, Pablo Ortúzar y Claudio Alvarado, y especialmente a María Fernanda Badrie y Daniel Mansuy, quienes han sido los encargados de guiar este pequeño barco.

En adelante, cada uno desde donde corresponda, tenemos la tarea de contribuir a la elaboración de una memoria que se oriente siempre a una comprensión global de nuestra historia, que es de todos. Si nuestro pasado

solo les corresponde a unos pocos, significa que no lo hemos relatado poniendo por delante la verdad y la justicia, sino con un sesgo que la mutila de manera antojadiza. La justa memoria debe construirse con fidelidad a la historia y permitiéndonos no quedar atrapados en el pasado. En eso podemos resumir el gran desafío de la reconciliación: sacar, de una enorme división, una enseñanza para los tiempos venideros.

## PRÓLOGO A DOS VOCES

Hernán Larraín F.; Ricardo Núñez M.

Un ambiente enrarecido perdura en la conciencia nacional. Pasa el tiempo y la percepción de que existen heridas que no cicatrizan sigue siendo real. Hay gestos, declaraciones, informes de comisiones, mesas de diálogo, leyes, monumentos y peticiones de perdón de muchos, pero aún existe la sensación de que, a pesar de los años, el conflicto permanece. Por ello, es significativo que figuras prominentes de nuestro quehacer sociopolítico hayan decidido colaborar con esta publicación que nace al amparo del Instituto de Estudios de la Sociedad, y que hemos querido promover los editores de esta obra.

Este libro busca ser un estímulo a la voluntad de establecer marcos de convivencia más sólidos, estables y legítimos que todos aquellos vividos a lo largo de nuestra historia. Los escritos aquí reunidos reflejan diversos enfoques teórico-conceptuales y escuelas de pensamiento que pretenden estimular la reflexión, el análisis y el debate sobre el tema que nos convoca. Avanzar con decisión y prudencia hacia un estado superior de entendimiento entre los chilenos es un desafío mayor al que sin duda este libro contribuirá de manera clara y decidida. Nosotros no queremos rehuir esta tarea.

El concepto reconciliación tiene a lo menos dos dimensiones. Desde luego, una que nos evoca la visión cristiana de la vida y la sociedad. Esta es la que da especial sentido en el ámbito de la estructura espiritual del hombre en su compromiso social. Otra, de raíz histórica, nos plantea que la reconciliación supone siempre que alguna vez, en un determinado período de su existencia, existió una sociedad conciliada en la que la convivencia fue armónica, los conflictos en su interior fueron excepcionales y que además fueron superados sin mayor tensión entre sus miembros.

¿Cuándo se quebró ese sentimiento de unidad nacional que formaba parte de la cultura chilena? Algunos dicen que ello ocurrió cuando se entronizó

la violencia como método legítimo de acción política, en los años setenta. Otros dicen que fue cuando la violencia tomó forma de golpe de Estado y se instaló en Chile la violación sistemática a los Derechos Humanos con sus miles de víctimas. Y no faltan quienes estiman que fue cuando, recuperada la democracia, superada la intervención de la fuerza, no hubo o no se consideraron suficientes las expresiones de perdón y reconocimiento de responsabilidades que se imputaban recíprocamente, manteniendo heridas abiertas que aún impiden pensar en un futuro sin remordimientos.

Nuestra historia nos ha mostrado que, desde la Colonia hasta nuestros días, son pocos los períodos –tal vez ninguno– donde la convivencia se desarrolló en un marco de pleno respeto a todas las normas de general aceptación (legales, morales o de otra índole) y con un deseo explícito de todos los sectores a convivir bajo un mismo orden institucional, económico, social y cultural.

Lo que se manifestó como acuerdo social básico o entendimiento de común reconocimiento al constituirse la República, fue un cierto consenso en torno al ordenamiento constitucional, a las leyes esenciales y especialmente, a la estructura ético-moral impuesta de manera hegemónica por los grupos dominantes. Fueron normas que, en un transcurrir paralelo, legitimaron en la mayoría la conciencia de la común pertenencia a una misma Nación y a un mismo Estado. La temprana conformación de un cierto ordenamiento institucional básico y el respeto a ese ordenamiento –más allá de diferencias que culminaron a veces en enfrentamientos violentos– fue una situación altamente valorada por quienes, desde el exterior, veían en Chile un país que se acercaba más que otros países de la región a los moldes de la llamada cultura y democracia occidental.

A pesar de lo anterior, y sin considerar otras situaciones históricas –como las divergencias que separaron por largo tiempo a “carreristas” y “o’higginistas”– a lo menos en dos oportunidades se rompió de manera dramática ese orden institucional y la estructura valórica de la sociedad chilena. Estas profundas desestructuraciones de lo establecido se dieron especialmente antes, durante y después de la Guerra Civil de 1891, y en el contexto del Golpe de Estado de 1973.

En el primer hecho, las consecuencias fueron dolorosas para todo el país, pero mayormente para el bando derrotado. La guerra que, como es sabido, terminó con el gobierno y la vida del Presidente Balmaceda, generó una división que afectó políticamente a las clases altas de la sociedad y a los dos partidos preponderantes: el Conservador y el Liberal. Los gobiernos posteriores, formados en torno a las fuerzas triunfantes, ejercieron represalias de carácter selectivo durante un período relativamente corto. Luego se dictaron leyes de amnistía que contribuyeron a restituir, de manera paulatina, la confianza y la armonía en una sociedad fuertemente escindida. Durante la guerra, el factor internacional tuvo una relevancia acotada. Salvo por los intereses ingleses en juego, poco se involucró el mundo exterior.

El contexto en el que se produjo el quiebre del '73 fue muy diferente. Tal como lo reconocen historiadores y politólogos de diversas tendencias, la sociedad chilena venía experimentando fuertes tensiones internas desde finales de los cincuenta. Los entendimientos políticos se fueron haciendo crecientemente difíciles. Dos revoluciones de signos distintos impulsaron reformas estructurales y cambios de tal magnitud que su influencia y efectos permearon todo el acontecer nacional e involucraron a toda la población. La primera fue resistida por partidos políticos y sectores minoritarios pero poderosos de chilenos, lo que permitió la vigencia de la democracia. La segunda, en cambio, fue contestada por fuerzas mayoritarias que terminaron por coligarse con los mandos de las Fuerzas Armadas para deponer por la fuerza al gobierno de Salvador Allende.

Los efectos de aquella enorme división entre los chilenos han sido traumáticos. En ese tiempo, a la gran división ideológica imperante –donde jugó un rol determinante la Guerra Fría– se sumaron las violaciones a los Derechos Humanos que se vivieron a lo largo de diecisiete años. Durante la transición a la democracia el desafío fue múltiple: por un lado, había que devolverle la confianza y la esperanza al país; por otro, había una importante tarea: reconciliar a los chilenos. Este año, cuando se cumplen cuarenta años del punto de mayor quiebre, nos encontramos en un momento propicio para profundizar en las razones que nos llevaron a esa división y para hacer un balance equilibrado de los avances así como de las deudas que tenemos en

este intento por restablecer la confianza y la amistad cívica entre los chilenos.

Cuando nos preguntamos si Chile es un país reconciliado nos damos cuenta que no parece haberse vuelto a conciliar en plenitud. Lo que sí parece existir es una razonable convivencia. ¿Será necesario que pase una generación entera para que se inicie un nuevo momento de respeto y tolerancia entre los chilenos? Esa es tal vez una mirada demasiado cómoda y pragmática, pero también es, sin duda, una actitud de renuncia al propósito de construir una sociedad que se reencuentra consigo misma, compromiso necesario que se sustenta en una necesidad ética. Lo que necesitamos para cumplir aquel compromiso es, en primer lugar, asumir que Chile experimentó por 17 años un hecho inédito en su historia, incomparable y diferente a cualquier otro suceso dramático que antes haya vivido. Ése es el antecedente a tener presente y que hay que considerar como marco válido para aquella noble aspiración de construir una patria reconciliada.

Ahora, si queremos impulsar aquel anhelo a niveles superiores, se requiere tener en cuenta algunos aspectos que la dificultan, pero no por ello la hacen imposible.

En primer lugar, no todos los miembros de la sociedad chilena tienen una misma lectura de la historia reciente del país. Se cruzan nuestras miradas personales, nuestras interpretaciones y los prejuicios que hemos incubado en nuestros espíritus. Serán las mismas divergencias que tendrán quienes lean y comenten los trabajos presentes en este volumen: la diversidad se aplaude, pero nos cuesta aceptarla, a sabiendas que no siempre coopera en la búsqueda de las soluciones compartidas. En este volumen colectivo hay múltiples miradas que también están en el debate público; miradas que justifican o rechazan el actuar de uno u otro bloque enfrentado en el golpe de Estado.

En segundo lugar, no todos están de acuerdo ni comparten las medidas destinadas a castigar a todos aquellos que impulsaron o promovieron la violación de los Derechos Humanos, la represión y los actos arbitrarios cometidos por funcionarios del Estado. Este consenso necesario no ocurre aún en el ámbito político, ni en muchas de las instituciones relevantes del país.

Por último, no todos aceptan que la reconciliación es un bien necesario en la conciencia civilizada. Más allá de las diferencias sociales, culturales, étnicas

o religiosas existentes, los chilenos deben reconocer la existencia de objetivos, metas y valores comunes que los involucren a todos, lo que exige una cultura política bastante más desarrollada que la que se practica en la actualidad.

Entre quienes prologamos este volumen también están presentes muchas de estas diferencias, particularmente en lo referente a los caminos que se deben seguir a futuro. Pero sendas vidas dedicadas al quehacer político, ya sea desde el Parlamento o desde los correspondientes partidos políticos, nos han enseñado que la reconciliación plena de una sociedad que ha estado escindida supone un enorme esfuerzo de generosidad política e intelectual. Esa generosidad no impide expresar las posiciones propias o claudicar en los ideales que guían nuestro actuar, ni nos obliga a hacer una política vacía donde una visión particular del país esté acallada en pos de una aparente reconciliación.

Compartimos, por ejemplo, que es necesario enraizar en el conjunto de la sociedad una serie de valores y principios sólidos que hagan imposible repetir los errores del pasado. Ello significa hacer de la democracia el mejor modo de resolver los conflictos sociales y políticos; hacer de “la cultura y la amistad cívica” la manera de comprender y aceptar al otro en un país diverso y heterogéneo como el nuestro; hacer del reconocimiento de una igual dignidad un objetivo compartido por todos, y de los derechos humanos un valor esencial de la convivencia que nada ni nadie pueda pasar a llevar.

Considerando aquellos objetivos comunes, también hay espacio para las divergencias: uno de nosotros cree que esos objetivos compartidos pasan por el camino de eliminar todas las consecuencias políticas, jurídicas e institucionales heredadas del orden dictatorial que dividieron a los chilenos. De acuerdo con su punto de vista, aún existen, lamentablemente, herencias del pasado que horadan la vida política e institucional. No ha existido voluntad suficiente, ni capacidad política, para despejar el camino de los obstáculos que dificultan reconocernos como pueblo reconciliado dentro del cual el perdón sea un modo natural para cerrar las heridas del pasado. Qué duda cabe, hay demandas de justicia todavía no resueltas.

Empero, otro de nosotros considera que en la dimensión ética del problema queda mucho por hacer. Hay quienes han dado su testimonio pero que, junto

con ello, se apartan de la realidad y se quedan hundidos en el pasado. Están los insatisfechos, los escépticos y los autoflagelantes, quienes piensan que todo será siempre poco para la magnitud del dolor, pero que parecen estar más interesados en que nada cambie, que nada se supere, que sigamos presos de la división y del odio. Aquellas actitudes no son propicias: es necesario que lo hecho por muchos se valore y se reconozca, como también lo es que se admita de modo impostergable la conveniencia de algunos esfuerzos adicionales, de testimonios de mayor generosidad, tanto de quienes no se atreven a pedir perdón como de quienes no lo aceptan cuando se da el paso.

Al recorrer los escritos contenidos en este libro, se podrá apreciar la multitud de factores que explican por qué se puede decir que, si bien se ha avanzado, no ha sido demasiado. Es más, aunque hoy Chile es un país mucho mejor que hace 20, 40 ó 60 años, existe la sensación de que aún permanece atrapado; que hay situaciones pendientes, a pesar de los muchos avances y logros.

Para superar este momento es esencial exigirnos condenar en toda circunstancia la violencia; repudiar siempre las violaciones a los derechos esenciales de las personas y estar dispuesto a pedir perdón si por nuestras acciones u omisiones ofendemos o perjudicamos a otro ser humano. El grito de “nunca más” es una necesidad liberadora que compromete al ser nacional y se constituye también en una exigencia moral. Todas estas exigencias son desafíos que una sociedad debe recordar una y otra vez, volviendo sobre ellas para renovar permanentemente el compromiso con los derechos humanos y con los valores esenciales de justicia y verdad.

En esta nueva etapa, lo esencial es sembrar de ideas nobles la actividad política, asumir las falencias de nuestro sistema institucional para poder superarlas, terminar con la influencia de visiones ideológicas que pretenden totalizar el conocimiento de la vida moderna. Sólo de esta manera podremos seguir avanzando en la construcción de una sociedad efectivamente reconciliada, que haga del entendimiento en la diferencia una obligación moral y política, que supere la herida del pasado sin olvidar las causas de su ocurrencia; una sociedad que en toda su diversidad aprenda a enriquecer valores comunes.

Probablemente no lograremos todos los propósitos que son necesarios para alcanzar una reconciliación plena. Por eso es que, para quienes somos

inconformistas, no solamente esperamos pasivamente, sino que creemos que se puede hacer un nuevo esfuerzo y trabajar por avanzar un poco más en este camino.

Cuarenta años después, la inmensa mayoría de chilenos y chilenas –que han sabido reencontrarse y recuperar la fe en que se puede seguir caminando juntos, que tienen sus ojos puestos en un mismo destino– son parte de un llamado a que todos renovemos nuestras promesas hasta el último aliento para perseverar en la búsqueda de la paz y de la unidad, bases irremplazables que sustentan toda reconciliación. Se trata de una convocatoria dirigida especialmente al mundo político, cultural e intelectual: son ellos quienes aún tienen deudas pendientes. Son estas personas las que deben liderar el paso de reconciliación que todavía sentimos que nos hace falta.

El reto a futuro, entonces, es hacer de Chile efectivamente una patria para todos.